

REVISTA PENÉLOPE EVOLUCIÓN HISTÓRICA Y LITERARIA DESDE LA ANTIGÜEDAD



PENÉLOPE

Depósito Legal: J 696-2013

Editada en Jaén (España) por Encarnación Sánchez Arenas

ISSN: 2341-0086

Revista Penélope

Miembros del consejo de redacción:

- YOLANDACABALLERO ACEITUNO
- MANUEL GAHETE JURADO
- JUAN RAEZ PADILLA
- CLAUDIA SÁNCHEZ PÉREZ
- AKRAM JAWAD THANOON
- GENARA PULIDO TIRADO
- RACHIDA GHARRAFI
- JOSÉ SARRIÁ CUEVAS
- AMIRA DEBBABI
- BOUCHRAIL ECHCHAOUI
- ISABEL OLIVER GONZÁLEZ
- DIRECTORA: ENCARNACIÓN SÁNCHEZ ARENAS

14ª Edición: diciembre del 2026

Enlace a la página Web: <http://www.revistapenelope.com>

Email: encarnacion.sanchez.arenas@gmail.com

Teléfono de contacto: 617 91 87 97

Relato
de
Carlos M. Martín Nogués

FÁRRAGO

Lo primero que hizo al llegar al piso fue descargar la pistola y guardarla en una gaveta bajo llave, dentro de un armario seguro, mientras que la munición la introdujo en una cajonera aparte, también cerrada con llave, cumpliendo así la normativa establecida por el Ministerio de Interior. La placa y la cartera, en cambio, las metió en el cajón de la mesilla de noche, porque el uniforme lo dejaba siempre en jefatura y salía vestido de paisano, siguiendo las instrucciones que les habían dado para evitar que los reconociesen vecinos y viandantes en el camino a su casa. Siempre cumplía lo que mandaban las ordenanzas, pensaba que debía ser así y no de otra manera, “si cada uno hace lo que le venga en gana, las cosas no pueden funcionar bien, tiene que haber un orden, una disciplina”. Y obedecía sin discutir, sin dudar ni por un momento- “Para eso están los jefes, para mandar, nosotros lo único que tenemos que hacer es obedecer”. María no había regresado aún de recoger al niño a la salida del colegio. Mejor, así tendría tiempo de darse una ducha y tranquilizarse antes de que llegaran, hoy había sido un día duro, no peligroso, pero sí desabrido, fastidioso. Habían tenido que realizar una acción especialmente desagradable. Todo lo ocurrido volvió a reflejarse en su mente, como si estuviera visionando una película.

El operativo había estado perfectamente montado, participábamos tres furgones a la vez, un total de veinticuatro agentes antidisturbios, a los que había que sumar otros tres de paisano, que ya se habían infiltrado con anterioridad entre las personas allí concentradas con la misión de informarnos en el caso de que preparasen una acción sorpresa, y también para identificar a los violentos, si aparecía alguno. Aunque la verdad es que yo nunca he llegado a entender para que los quieren identificar si luego siempre nos ordenan que no los detengamos a ellos, sino a otros que no parecen peligrosos. Cuando llegamos al punto de intervención había alrededor de cincuenta o sesenta personas concentradas delante de la puerta de un humilde bloque de pisos, muchas de ellas con camisetas de la Plataforma de Afectados por la Hipoteca, una agrupación que protegía de forma altruista a los que estaban en riesgo de perder su vivienda. Al parecer, iban a desalojar a alguien de su casa. Eran las diez de aquella mañana de invierno, y solo faltaban tres días para Navidad.

El jefe del operativo ordenó que mi sesión tomara posiciones cerca de la puerta del edificio, junto a las personas que se habían concentrado para impedir el desahucio, lo que hizo que yo pudiera enterarme perfectamente del problema con tan solo escuchar las conversaciones que se desarrollaban a mi alrededor. Al parecer, se trataba de una anciana octogenaria y enferma, que no podía valerse por sí misma y que vivía con su hijo, que padecía una minusvalía parcial y era el

único que la cuidaba. El caso ya resultaba bastante lamentable y yo empecé a sentirme incómodo, mucho más cuando supe, siempre por la charla de las personas que me rodeaban, que ni siquiera pretendían impedir el desahucio, que lo único que pedían los manifestantes era que no sacasen a esa mujer de su casa hasta que la pudieran ingresar en una residencia de la tercera edad, para así evitar que se quedase en mitad de la calle, perdida, sola y desamparada. Algunas veces me arrepentía de haber escogido este trabajo, pero no tenía otro y necesitaba mantener a mi familia. Cuando ingresé en la policía pensé que lo hacía para defender el orden público frente a los delincuentes y forajidos, para proteger a los ciudadanos de ladrones y maleantes. Luego, debido a mi considerable estatura y robusta complexión, me propusieron que formase parte de las Unidades de Intervención Policial, especializadas en operaciones de alto riesgo, cobrando un sueldo algo mayor. Y acepté por eso, por el sueldo, había que pagar la hipoteca, esperábamos un hijo, y los niños gastan mucho, pañales, comida especial, medicinas si enferman... De todas formas, pensé, es importante que la policía evite que se altere el orden público, la gente tiene derecho a vivir tranquila, sin sobresaltos, y para eso, para evitarlo, nos pagan a nosotros un buen sueldo. Eso fue hace ocho años, cuando ingresé en los cuerpos especiales. Sin embargo, las cosas han cambiado mucho, ahora siempre nos mandan a reprimir manifestaciones pacíficas, de personas que están desesperadas por su situación económica, o a desahuciar a familias que no han podido pagar la hipoteca. Pero qué voy a hacer yo, con un niño en edad escolar y esperando otro que viene de camino tendremos cada vez más gastos, no puedo permitirme cobrar menos, que es lo que ocurriría si renuncio a seguir en las UIP. Mi mujer me lo recuerda siempre, “mientras que yo no tenga un trabajo fijo, no te puedes permitir ganar menos dinero”, me dice. Y no encuentra ningún trabajo, ni siquiera eventual, el mercado laboral no resulta fácil para los trabajadores en estos tiempos. Nuestro jefe de grupo había recibido instrucciones y se acercó a nosotros, pero se interpuso uno de los allí concentrados, un chico alto con el pelo recogido en un moño en la nuca y con la camiseta de la PAH, que se dirigió a él muy educadamente para indicarle qué era lo que pretendían y pedirle que aguardásemos la llegada de un médico que ya había sido avisado para realizar un informe con el que pudieran ingresar a la mujer en una residencia. El jefe contestó que no se preocupasen en absoluto, que procederíamos pacíficamente, sin hacer uso de la fuerza, lo cual me tranquilizó en parte, no me apetecía tener que emplear la violencia contra las personas allí reunidas, muchas de ellas mayores. Aunque tampoco me fiaba mucho, porque nuestro jefe de grupo se jactaba de ser astuto y eficaz, no de ser sincero.

Cuando llegó el médico para examinar a la anciana se complicaron las cosas, el jefe de grupo, tal y como yo me temía, no cumplió con su palabra y nos mandó desalojar el acceso a la entrada del edificio, en contra de lo que se había acordado con anterioridad. Las personas allí concentradas se

negaron a retirarse, por lo que no tuvimos más remedio que apartarlas por la fuerza. Algunos compañeros se emplearon con excesiva dureza, a mi parecer. Andrés tiró contra el suelo a un hombre mayor y grueso, que, magullado y tratando de recuperar sus destrozadas gafas, apenas si era capaz de incorporarse por sí mismo, mientras que Bruno, para quitarla de en medio, casi le arranca el brazo a una señora que acabó rodando también por el suelo y que posteriormente hubo de ser recogida por una ambulancia e ingresada con un shock emocional y diversas contusiones de carácter leve, según informaron los sanitarios que la atendieron. Yo procuré apartar a la gente solo empujando hacia fuera, pero sin emplear más violencia de la necesaria, no tenía más remedio que cumplir la orden que me habían dado. Como consecuencia de nuestra intervención, todos los allí concentrados se dispersaron y quedaron diseminados a lo largo y ancho de la plaza, la señora contusionada se sentó en un banco y tres compañeros pusieron a un joven cara a la pared y, después de cachearlo, se lo llevaron detenido. Desde mi posición no pude enterarme por qué . Cuando ya parecía que la situación se había calmado, se oyeron voces airadas, gritaban que habían detenido a alguien y toda la gente volvió a concentrarse delante de la puerta del edificio. Cuando se abrió, apareció, esposado y escoltado por dos agentes, el joven alto que había hablado con nuestro jefe de grupo, pero nada más salir, él mismo pidió calma a los demás, dijo que se tranquilizaran y eso evitó un nuevo enfrentamiento, aunque la multitud se agolpó alrededor de los que se lo llevaban detenido y tuvimos que volver a intervenir para proteger a nuestros compañeros. Mientras que lo introducían en un furgón policial, llegó la ambulancia que venía para atender a las personas lesionadas como consecuencia del forcejeo ante la puerta del edificio. Todo el mundo se apiñó de nuevo ante la puerta de entrada entrelazando sus brazos, dispuestos a no dejar pasar a nadie. Acababa de llegar el agente judicial que tenía que ejecutar el desahucio y nuestro jefe de grupo nos ordenó tomar posiciones frente a la casa. El agente judicial se dispuso a entrar bien escoltado y protegido por varios de mis compañeros. Por suerte, a mí no me correspondía estar en ese grupo, aunque sí que tendría que intervenir contra los que se negaran a dejarlos pasar. Cuando el enfrentamiento parecía inevitable, nos detuvo el sonido de la sirena de un ambulancia que entraba en a plaza, bajaron de ella un médico y dos enfermeros que venían a recoger a la anciana para trasladarla a una residencia en la que ya tenía una plaza reservada. Creo que fue un alivio para todos, al menos para las personas que trataban de proteger a la pobre mujer, y para mí también.

Todavía con las últimas imágenes rondando su mente, José abrió el grifo de la bañera. Después de un día difícil, se relajaría mejor con un baño de agua caliente que con una ducha. Cogió la ropa de andar por casa, se desnudó y se sumergió en el agua tibia, aflojando todos sus músculos y postergando los acontecimientos de aquella mañana para dejar que su mente flotase en el vacío, como su cuerpo en el agua.

II

Pepito, el hijo, irrumpió en casa como un vendaval a pesar de su manifiesta cojera, había nacido con ella.

—Papá, papá, tú eres un policía bueno, ¿verdad?

—Todos los policías son buenos, hijo, ¿por qué me lo preguntas?

—No, papá, todos no. Tú me has dicho que los policías estáis para defender a la gente, para que no les pase nada.

—Claro, hijo, para eso estamos.

—Pero también hay policías malos que echan a la gente de sus casas, papá.

—¿De dónde has sacado eso?

—A un compañero mío le ha pasado, papá, a mi amigo Juanito. La policía lo ha echado de casa con sus padres y su hermanita pequeña porque se han quedado sin trabajo y no pueden pagar. ¿Qué culpa tienen ellos de no tener trabajo?

María, arrastrando su abultado vientre, acababa de entrar tras el chiquillo y se aprestó a intervenir.

—Hijo, deja tranquilo a tu padre, que viene cansado de su trabajo. No lo molestes ahora.

—Pero mamá, es que quiero que papá hable con esos policías malos para que no echen a nadie más de su casa. Ahora mi amigo Juanito está viviendo con unos tíos suyos y sus padres tienen que dormir en mitad de la calle, y él no puede ver a sus padres todos los días. Anda papá, tú eres un policía bueno, habla con esos policías malos para que no echen a la gente a la calle.

José estaba algo aturdido, las ideas se entremezclaban en su cerebro confundándose unas con otras, sin claridad, pero tenía que dar alguna explicación a su hijo.

—Verás, Pepito, las cosas no son tan sencillas como parece, esa vivienda tiene un dueño y también hay que defender los intereses del dueño. Quién decide si esas personas pueden seguir viviendo allí o no es un juez. Y la policía tiene que obedecer al juez.

—Pero papá, ¿cómo van a defender a la gente echándola de su casa?

—Defienden al dueño de la casa. Si esa gente no ha pagado, la casa no es suya, sino del que no ha cobrado la deuda.

—Pero el dueño de la casa no la necesita para vivir, él vive en otro sitio. ¿Por qué los echa a la calle? Que les cobre cuando puedan pagar, pero que no los eche.

La aplastante lógica infantil de su hijo lo estaba dejando sin respuestas. Por fortuna, su mujer se interpuso para salvar la situación.

—Venga, vamos a comer. No marees más a tu padre.

El almuerzo transcurrió con relativa tranquilidad y el niño solo habló del colegio. El maestro le había preguntado la lección y él había respondido bien, también había hecho en clase casi todos los deberes, solo le faltaban dos para terminar todos los ejercicios. En el recreo tres niños se habían burlado de él diciéndole “*¡cógeme, cojito, cógeme, no me coges!*”.

José dio un puñetazo en la mesa, enojado. Le indignaba que abusasen de su hijo solo porque eran más fuertes que él.

—Tenemos que hablar con el director del colegio para que no sigan acosando al niño.

—No, papá, si solo es jugando, no pasa nada. Yo casi siempre estoy con mi amigo Juanito, nos llevamos muy bien. Por eso te he dicho que hables con los que lo han echado de su casa.

Y ocultó la verdad a sus padres, por miedo, por temor a las represalias de sus compañeros, que además de burlarse de él también le quitaban el desayuno y lo humillaban cuando no había ningún maestro cerca en el recreo. Tampoco les dijo que con su amigo Juanito hacían lo mismo.

—¿Ves, José? No es para tanto, el niño no le da importancia, son cosas de críos.

La madre, confiada y bondadosa, procuró quitarle trascendencia al asunto, pero José no lo veía así. Él, acostumbrado a imponer orden y a intimidar a los demás, no podía admitir que su hijo estuviese a expensas de los caprichos de unos niños, tendría que hacer algo para evitarlo. “Mañana tengo turno de tarde, llevaré el niño al colegio y hablaré con el director”, pensó.

Al día siguiente llevó al niño a la escuela y una vez que todos los alumnos hubieron entrado a las clases, solicitó hablar con el director. Tuvo que esperar un buen rato, por lo visto faltaban dos maestros que estaban enfermos y la Delegación de Educación no había nombrado aún ningún sustituto, así que el director tuvo que abandonar sus funciones directivas para dejarlo todo organizado y cubrir parte del horario, le dijeron. Una hora después, recibía a Pedro en su despacho.

—Me han dicho que quería hablar conmigo, ¿de qué se trata?

Y José le explicó quién era y lo que ocurría.

—No se preocupe, hablaré con la tutora de su hijo y con los demás maestros para que durante el recreo estén pendientes y así evitaremos que se burlen de él. ¿Le ha dicho su hijo quiénes son los niños que lo insultan?

—Pues no, ni siquiera ha querido que le demos importancia, dice que es jugando, pero a mí no me parece un juego.

—Lo ve, si su hijo le ha dicho eso será porque no se trata de nada grave. De todos modos, hablaré con su tutora para que esté más pendiente. Váyase tranquilo.

Se despidieron y José no se marchó muy satisfecho. Dijo que estarían más pendientes, sí, pero el director tampoco le había dado mucha importancia al asunto.

Pasaron los días y el niño se mostraba cada vez más retraído y menos comunicativo, solo hablaba de lo que hacían en clase y del problema de su amigo Juanito.

—Vamos a ver, hijo —le preguntó José en más de una ocasión—, ¿tu maestra está ahora más pendiente para que no se metan contigo?

—Sí, papá. Pero no hace falta, todo va bien —respondía siempre el niño.

Y volvió a ocultar la verdad. La maestra sí que se había preocupado y había indagado sobre el tema. Había hablado con otros maestros, habían estado vigilantes en el recreo y habían descubierto a dos de los abusones, que recibieron un castigo. Pero eso solo sirvió para agravar la situación, porque aunque esos dos estaban apercibidos y vigilados, los otros seis amigos, porque eran ocho, al enterarse de la sanción de sus dos compinches, arreciaron en sus insultos y sus abusos, llegando un día a pegarles a él y a su amigo Juanito, que siempre intentaba defenderlo, aunque sin conseguirlo. La madre vio la herida, pero él dijo que se había caído jugando en el recreo, cuando ni siquiera se atrevía ya a jugar. Pero eso no lo sabía su madre.

Una espléndida tarde de invierno la madre lo dejó salir a jugar con su amigo Juanito, vivían cerca del parque y hacia él se encaminaron los dos, contentos y felices de poder jugar solos sin que nadie los insultase ni los molestase. Se montaron en los columpios, corrieron, se acercaron al estanque de los patos y disfrutaron como no lo habían hecho en mucho tiempo. Cansados, se sentaron en el césped, alegres y satisfechos. De pronto, Juanito sintió un fuerte golpe en su hombro, una piedra rebotó en él y cayó al suelo. Se volvieron y su regocijo cesó de golpe, allí estaban los ocho niños que los maltrataban y humillaban en el colegio. Intentaron huir pero la cojera de Pepito no le permitía correr lo bastante deprisa y Juanito decidió no dejar solo a su amigo, así que esperó junto a él.

III

Ya estaba a punto de anochecer y los niños no habían regresado aún. María aguardaba en la puerta de su casa, abrigada y nerviosa, cuando llegó José.

—¿Qué haces aquí? ¿Ocurre algo?

—Los niños se fueron al parque a jugar y todavía no han vuelto, con el frío que hace.

—¿Los niños, qué niños?

—Nuestro hijo y su amigo Juanito. Ahora mismo iba a salir a buscarlos.

—Deja, ya voy yo.

José salió presuroso en busca de su hijo. Recorrió primero los caminos principales y luego las veredas sin encontrarlos. Ya se había puesto el sol y los frondosos árboles apenas si permitían el paso de la escasa claridad vespertina., aumentando así el efecto de las bajas temperaturas. José se adentró entre el arbolado, fuera de los trillados caminos y veredas, pero seguía sin ver a los niños. Le pareció escuchar como un gemido y se encaminó con toda rapidez hacia donde creyó haberlo oído. Allí los vio, en un claro de la espesura. Los dos niños estaban amarrados a sendos árboles con señales inequívocas de haber sido duramente golpeados y maltratados. Estaban desvanecidos, con sus tiernas cabecitas caídas sobre el pecho. José corrió hacia ellos y procuró soltarlos, pero las ligaduras eran muy resistentes y le resultó imposible aflojarlas. No llevaba ninguna navaja con que cortarlas y no podía dejar a los niños así ni un momento más. “¿Qué puedo hacer? Ah, ya, la pistola, aún la llevo encima”. Y disparó sobre las cuerdas por la parte contraria a la que se encontraban atados los niños, soltando primero a su hijo y luego a Juanito. Se quitó el anorak, lo extendió sobre el suelo y colocó sobre él los cuerpos inconscientes de las dos criaturitas. Una vez los hubo acomodado llamó por el móvil pidiendo ayuda. Seis minutos después llegaban dos ambulancias y cinco patrulleros de la policía. “¡Los mato, mataré a todos los que han hecho esto, y mataré también a sus padres!”, bramaba José fuera de sí. Sus compañeros trataron de tranquilizarlo, pero sin resultado. Tuvo que ser atendido de una crisis de ansiedad por los sanitarios que habían acudido en las ambulancias. Le suministraron un calmante y dos policías lo acompañaron a su casa para recoger a María y trasladarlos al hospital tras las ambulancias, que ya habían partido con las dos maltrechas criaturas. Cuatro agentes permanecieron en el lugar de los hechos a la espera de que se presentase la Policía Científica para indagar y buscar pruebas.

Costó bastante trabajo encontrar a los padres de Juanito que, desahuciados, no tenían domicilio fijo. A través del colegio, la policía pudo averiguar el domicilio de sus tíos, con los que vivía el niño, y estos localizaron a los padres que, atribulados y perplejos, acudieron a toda prisa al hospital para ver a su hijo.

Y ahora estaban todos allí, padres y tíos, en la sala de espera del hospital, sentados frente a José y María. Ninguno de los parientes de Juanito conocía la profesión de José, solo eran dos familias preocupadas por el estado de sus críos.